

LA IMPORTANCIA DE LAS CIENCIAS SOCIALES EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO*

THE IMPORTANCE OF SOCIAL SCIENCE IN THE CONTEMPORARY WORLD

Gustavo Lins Ribeiro**

* Conferencia magistral presentada en la ceremonia de inauguración del programa de posgrado en ciencias sociales de la Universidad Nacional Autónoma Metropolitana, Unidad Lerma.

**Profesor investigador del Departamento de Estudios Culturales, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Lerma. Correo electrónico: g.lins@correo.ler.uam.mx.

El nacimiento de una persona, de una institución o, en la vida universitaria, de una nueva unidad académica, es un momento especial. Especial porque nos lleva a pensar en el futuro, lo que puede y debe ser hecho para lograr los objetivos deseados. El futuro, al contrario que el pasado y el presente, también es un lugar de esperanza y apertura, nos parece flexible, abierto a la agencia práctica y la política humana. Nos da la impresión de que todo puede ser hecho si tenemos la combinación cierta de personas y apoyos materiales que permitan concretar nuestros deseos.

Es justamente, por saber que este es un momento especial en la historia de la Unidad Lerma y de la División de Ciencias Sociales y Humanidades, que tengo que agradecer mucho a los colegas que me dieron el honor de hablarles hoy, en este ritual donde la nueva maestría se expone públicamente por la primera vez. Sin embargo, el futuro no está totalmente libre del pasado y del presente, por ello, aunque tengamos muchas esperanzas y ganas legítimas de hacer cosas nuevas y diferentes, no podemos obviar, especialmente cuando hablamos de las ciencias sociales, el pasado y el presente. En este breve ejercicio, buscaré exponer cómo veo el pasado, el presente y el futuro de las ciencias sociales.

La mera existencia de las ciencias sociales nos habla de un valor muy importante en la pragmática de nuestras vidas académicas: la interdisciplinaridad (esto es, cuando recurrimos a varias disciplinas) y la transdisciplinariedad (esto es, cuando nuestras formas de conceptualizar e interpretar están basadas en varias disciplinas académicas). Las ciencias sociales están formadas clásicamente por la

antropología, la ciencia política y la sociología. Hay quienes defienden que la historia y ciertos tipos de economía también son ciencias sociales, lo que ya nos indica que los límites entre estas disciplinas no son precisos, y yo diría que en realidad son arbitrarios. Todos sabemos que, dependiendo de lo que nos interese o estemos investigando, vamos a utilizar autores y textos de muchas disciplinas y de varios tipos de abordajes metodológicos y teóricos. En cierto sentido, son las paredes de la universidad las que ayudan a sedimentar y mantener la idea de que existen fronteras físicas y reales entre las disciplinas que supuestamente existen por sí misma; en la práctica sabemos que no es así. Si añadimos a esto cierto orgullo profesional que nos inculcan en los departamentos universitarios, fomentando la idea de que una disciplina pueda ser superior a otra, vemos que mantener viva la idea de ciencias sociales como una totalidad de tradiciones académicas interrelacionadas es una tarea importante.

De todas formas, tengo que confesar que entiendo más de la historia de la antropología, en segundo lugar, de la sociología (soy licenciado en sociología), y, por último, de la ciencia política. El amplio desarrollo de las ciencias sociales en el siglo XX hizo muy difícil que seamos expertos en todas las disciplinas. Pese a ello, la impresión que tengo es que las ciencias sociales se formalizaron en el siglo XIX, en una estrecha relación con la filosofía, como en Francia, bajo un paraguas que asumía posible pensar y comprender la vida social, cultural, económica y política científica y positivamente. Esta es una larga discusión que no puedo desarrollar ahora, pero si es cierto lo que digo, vemos que las ciencias sociales, de una forma o de otra, explícitamente o no, están marcadas por el deseo de contribuir para la intervención racional en la vida humana.

Hablaba del crecimiento de las ciencias sociales en el siglo XX. Este crecimiento claramente se relaciona con el desarrollo y expansión de una institución que se auto-atribuyó un papel civilizatorio y liberador de la inteligencia e imaginación: la Universidad. Especialmente, en la forma que la conocemos hoy, por su impacto social; la universidad pública, gratuita y de calidad como lo es la UAM.

Las ciencias sociales acompañaron la expansión masiva de las universidades en todos los países. Esta expansión de la universidad se dio bajo un paradigma universalista, pocas veces discutido o adaptado a contextos locales, y que, en gran medida, cargaba consigo una visión instrumental de la enseñanza superior —esto es, la universidad debe de generar conocimiento para la reproducción y la innovación de ciertos temas e intereses. Este hecho muchas veces puso a las ciencias sociales en contradicción directa con otras disciplinas existentes al interior del sistema universitario. Hay otro tema delicado en esta historia de expansión, y es lo que ha sido llamado de eurocentrismo, o sea, la universidad borró de su historia y

ambiente la contribución no-occidental a la construcción del conocimiento de la humanidad. Lo hizo inclusive cuando era “imposible hacerlo”, como en el caso de los árabes, que generaron y difundieron gran parte del conocimiento antiguo mientras Europa se sumió en el oscurantismo.

Existen tensiones internas del mundo académico que son importantes para pensar las ciencias sociales. Una de las más importantes es aquella entre el positivismo y sus críticos, en especial, aquellos críticos que adhirieron a una visión crítica del capitalismo y de las desigualdades por él generada. Usaré el mega rótulo de economía política para referirme a esta importante rama del conocimiento académico. Aquí se impone la pregunta: ¿conocimiento para qué y para quién? En ningún lugar se sintieron estas tensiones tan fuertemente como en el universo de las ciencias sociales.

Pasemos al momento presente, y quiero justamente referirme a la necesidad contemporánea de descolonización del conocimiento producido en las ciencias sociales. En primer lugar, debemos reconocer, como ya lo hacen en las últimas décadas varios autores, que hay una pluralidad de formas de contribuir al conocimiento que no pasan por la centralidad de Europa como el único lugar que ha producido pensamiento relevante. Esta es una demanda creciente en el mundo académico que se ha concientizado del problema en múltiples niveles.

Primero, en el nivel internacional. Las ciencias sociales han crecido tanto en todo el mundo, acopladas, contradictoriamente o no, a los procesos de modernización posteriores a la Segunda Guerra Mundial, que ya no podemos dejar de reconocer la importancia de muchas comunidades epistémicas que producen conocimiento fuera de Europa. Un claro ejemplo de proyecto para cambiar este *status quo* es el movimiento de Las Antropologías Mundiales. Partimos del reconocimiento de que la monotonía de la hegemonía anglosajona genera problemas interpretativos y reducción de posibilidades heurísticas, esto es, de posibilidades de conocer. No se trata de dejar a los estadounidenses fuera del diálogo, se trata de establecer otras condiciones de conversabilidad.

Un claro ejemplo de la calidad internacional de una comunidad epistémica es el liderazgo latinoamericano en las ciencias sociales, que también se relaciona con la importancia científica de la lengua española. Hay que saber que publicar en español es publicar para un público internacional, aunque nuestra alienación o colonización mental no nos permita verlo así. En este sentido, hay que tener más claro qué tipo de internacionalización de la universidad y de las ciencias sociales queremos en América Latina. Parece que somos rehenes de grandes aparatos globales de clasificación que establecen cuál es la jerarquía de las universidades en el mundo. Ante esto nos preguntamos, ¿es posible contestarlos?, ¿es importante

hacerlo? De todas maneras, el diálogo Sur-Sur no debe de excluir el dialogo con el norte, ya que estamos proponiendo la inclusión como dinámica, no la exclusión.

El presente también se caracteriza por lo que llamé *la rebelión de la ignorancia*. Tenemos enormes desafíos para la supervivencia de la universidad hoy cuando vivimos rodeados de negacionismo, un negacionismo que no tiene vergüenza de su propia ignorancia. Ellos atacan al conocimiento científico, y en especial a las ciencias sociales. ¿Por qué? Porque las ciencias sociales, con su tradición de ir mucho más allá de lo que Pierre Bourdieu llamó la Sociología Espontánea, problematizan las certezas culturales, sociales, políticas, económicas y religiosas de los agentes y agencias sociales. En resumen: las ciencias sociales incomodan.

Voy a utilizar pasajes del Manifiesto de Guanajuato, escrito en 2017 en aquella ciudad, por un grupo de 17 científicos sociales de todos los continentes en un encuentro que organicé para la UNESCO. El manifiesto plantea una síntesis de las ciencias sociales que queremos. Define a las ciencias sociales son lentes metafóricas, espejos y caleidoscopios. Ellas han generado una posibilidad de comprender la diversidad y la equidad como elementos permanentes y necesarios para el cambio. Las ciencias sociales tienen sentido de su propias limitaciones, complejidad y vulnerabilidad, y por lo tanto de su pluralidad. Ellas han tenido la función de analizar la realidad social históricamente, y con ello, responder preguntas fundamentales relacionadas con las causas del orden social, la naturaleza de los contextos y las prácticas de trasmisión cultural, los conflictos de las sociedades y las formas y procesos de orden político. Mientras ellas buscan comprender estas causas, varias corrientes teóricas y disciplinas sociales han adoptado un enfoque crítico, es decir, la habilidad de cuestionar el *status quo*. Consecuentemente, las ciencias sociales fomentan y promueven el pensamiento crítico y reflexivo. Las mejores versiones de estas ciencias sociales también han generado horizontes utópicos. De hecho, las ciencias sociales se basan en discursos normativos y meta-narrativas que apuntan a órdenes considerados como objetivos justos y deseables de ser alcanzados. Esto también permite el desarrollo de una mirada crítica a los procesos sociales y a los actores que los protagonizan. Las ciencias sociales son históricas, quiere decir que analizan procesos en términos de espacio-tiempo, para que los eventos no sean vistos como meros hechos explicables desde el presente, sino como resultado de historias y narrativas, la consecuencia del devenir de los sujetos sociales y sus acciones, en otras palabras, la lucha por la construcción de su futuro.

Y sigue el manifiesto: El potencial pacificador de las ciencias sociales está basado en la capacidad de revelar y explicar los orígenes de la desigualdad y de la violencia. De hecho, está demostrado que la intervención de los científicos sociales, su participación o su asesoría facilita el diálogo plural y contribuye

significativamente a la resolución de conflictos, a la mejora de los procesos de procuración de justicia y a la creación de políticas públicas basadas en subjetividades diversas y perspectivas interdisciplinarias. El rechazo de las ciencias sociales, o el repetitivo intento de bloqueo desde los sectores del poder a nuestro trabajo, tiene consecuencias en las agendas de trabajo e investigación académicas. Necesitamos romper este círculo vicioso de ignorancia política y social que debilita el valor de las ciencias sociales para la esfera pública. De continuar esta trayectoria, entraremos en riesgo de tendencias de hiperespecialización, o de estar sujetos por criterios puramente cuantitativos de producción, lo que nos separará de las necesidades y vivencias cotidianas de los actores sociales. La desautorización de las ciencias sociales, de nuestras contribuciones y capacidad de innovación, conllevan la renuncia a un conocimiento científico, lo que tendrá consecuencias serias para nuestras sociedades, para la ciudadanía y para nuestro futuro. Por lo tanto, es necesario construir un puente múltiple, un puente que una a académicos, actores sociales, políticos, generadores de opinión y movimientos sociales. Estos puentes son de suma importancia, especialmente en los contextos nacionales y regionales impactados por desastres, conflictos internos o guerras. Comprender y potenciar los significados que las personas damos a nuestras vidas, a nuestras historias o a nuestras crisis, es fundamental para reconstruir los tejidos sociales esenciales de la vida democrática. Y aquí terminan los pasajes del Manifiesto de Guanajuato.

Ahora, si ustedes me preguntan qué tipo de ciencias sociales me gustaría ver practicadas en la UAM Lerma, yo les respondería que, además de algunas características que ya señalé, me gustaría que fueran unas ciencias sociales postimperialistas. Esto es, ciencias sociales capaces de imaginar y trabajar hacia un mundo sin imperialismos, sin las secuelas de los colonialismos y sin las desigualdades de clase, raza y género que, lamentablemente, existen y estructuran la vida en nuestro mundo contemporáneo.